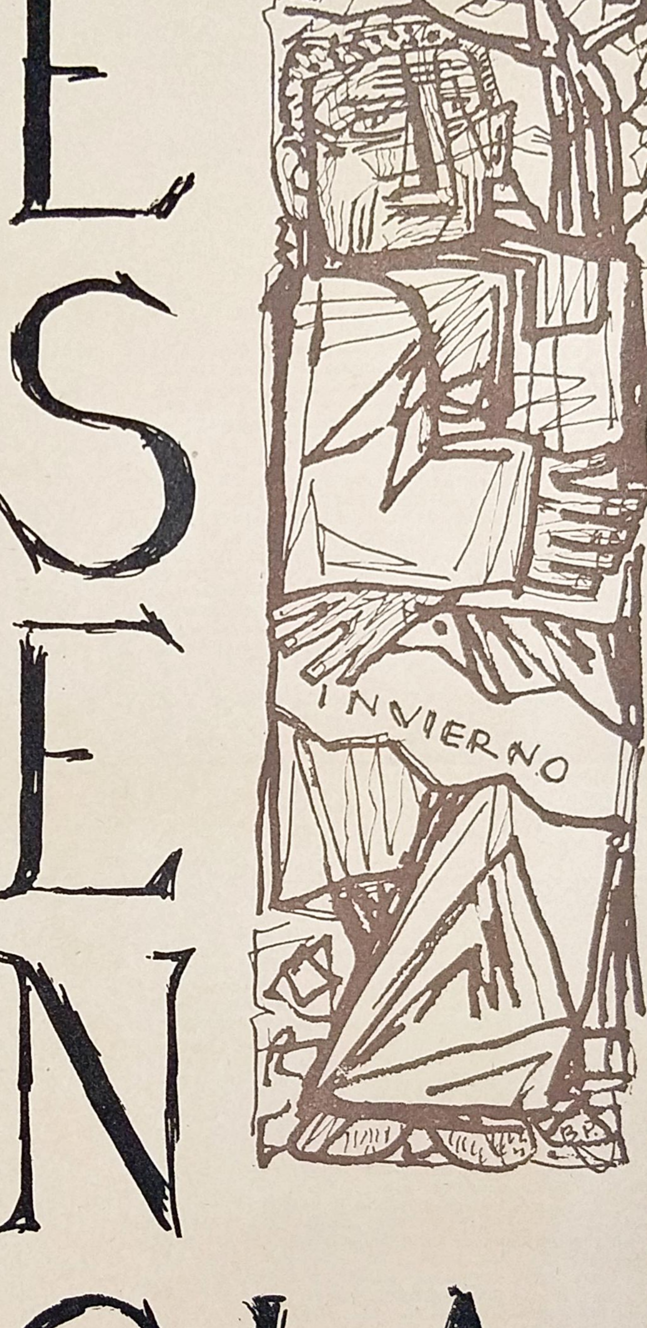
PRESENCIA



SUMARIO — PRESENCIA: FIJANDO POSICIONES — LOS SUCESOS DE CHILE.- SARA GALLARDO: UN TESTIMONIO.- OSVALDO BERDINA: HISTORIA Y CULTURA.- HECTOR DE HERCE: LOS OTROS GAUCHOS.- ALFREDO R. MIGUENS: UN INFORME ETNOGRAFICO.- NARCISO NUÑEZ CORTES: JUAN WOLFGANG GOETHE.- DIBUJOS Y VIÑETAS DE BALLESTER PEÑA.- IMPRIMIÓ DOMINGO E. TALADRIZ

BUENOS AIRES, VIERNES NUEVE DE SETIEMBRE DE MIL NOVECIENTOS CUARENTA Y NUEVE. — AÑO UNO — NÚMERO XVIII.

Aparece el segundo y cuarto viernes de cada mes. Administración: Venezuela 649.
Imprenta: Avd. San Juan 3875.
Buenos Aires — Argentina
Precio del ejemplar: $ 0,50
Suscripción anual: $ 12.–

UN TESTIMONIO

¿A qué responde esta publicación? Se trata de una carta, carta íntima, de familia, que una niña porteña, muy joven aún, Sara Gallardo, dirige a sus padres. Es la primera vez que visita la Ciudad Eterna; pero, desde las viejas ruinas de la urbe de los césares hasta las piedras vivas de la Sede de los Papas, todo cuanto Roma encierra, despierta en ella profundas reminiscencias, vivas y arraigadas en su inteligencia y en su corazón gracias a una auténtica educación cristiana, clásica, católica. No la sorprende lo que ve (como podría asombrarla algo exótico o desconocido), sino que la llena de emoción reconocer el centro, la piedra, en que se asienta su visión del mundo exterior y su propio mundo interior; y, sin necesidad de recurrir a razonamientos ni a majaderías apologéticas, libre, espontáneamente, su espíritu se abre a la majestad divina reflejada en el Vicario de Cristo.

Roma, 12 de junio de 1949

Queridísimos:

Hoy, día del santo de Marta, he pasado los momentos más emocionantes de mi vida, y voy a tratar de que comprendan algo de todo lo que he visto y sentido. Les aseguro que empiezo esta carta como quien se ve ante un trabajo muy difícil y superior a su capacidad, pues comprendo que nunca les voy a poder expresar ni una parte de lo de hoy.

En fin. Empecemos.

A las seis de la mañana nos levantamos, y con Isabel nos vestimos cuidadosamente de blanco. Ella estaba muy bien y yo grotesca y disfrazada. Llegamos a la plaza de San Pedro, donde iban y venían padres y monjas por todos lados. Ahí nos separamos de Beatriz, que entró por una puertita abajo a la izquierda. Nosotros por la principal.

Las entradas que nos había conseguido el padre Deane eran especiales así que nos imaginábamos una buena colocación, a pesar de lo cual yo no podía creer al ver que precedidos por un ser glorioso, avanzábamos por el medio sobre la alfombra colorada, flanqueados por dos filas formadas, de un cuerpo de la guardia palatina.

Sin embargo después nos dimos cuenta de que esto era muy normal.

Nos instalamos a la izquierda en un lugar con bancos de esos sin respaldo, lo que era extraordinario porque casi nadie tenía asiento.

Ya sentados pudimos contemplar tranquilamente el aspecto que presentaba San Pedro, que estaba estupendo, todo de colgaduras rojas y arañas y candelabros dorados. Frente al altar y dando la espalda al público, había un cuerpo de la guardia suiza con uniforme de gala, o sea con casco parecido al de los conquistadores, penacho de plumas rojas, armadura, los pantalones a rayas, y alabarda. Estaban parados como siempre se representa a los guardias de la Edad Media, o sea con las piernas un poco abiertas y apoyados en la alabarda.

Todo a lo largo del corredor del medio, de cada lado, estaba en formación la guardia palatina, de kepis azul y pompón de plumas coloradas. Los oficiales las usan blancas.

A los dos lados de la puerta, y de trecho en trecho, había unos militares de uniforme azul, con charreteras enormes y en la cabeza gorros negros, peludos e inmensos, como de soldados ingleses. Eran impresionantes de altos y grandes. Les puede dar una idea el hecho de que yo les llegaba al pecho, sin contar la anchura de los hombros. Ya eran gigantes. Los de la guardia suiza también son muy altos y el casco aparecía llevando una cabeza a los de la guardia palatina que eran ya otra cosa y casi todos con anteojitos.

La famosa imagen antiquísima de bronce de San Pedro, que tiene el pie gastado por los besos, estaba vestida de Papa, con una tiara de oro y piedras, una capa de damasco rojo y dorado sujeta con un broche de oro de un palmo de tamaño, y en la mano con que bendice, un anillo con una piedra inmensa.

¡Estaba glorioso! ¡Qué amor!

Bajo el baldaquino esperaba preparado el altar del Papa, con dos estatuas de plata dorada, como de 80 cms., de Pedro y Pablo, que habíamos visto en el tesoro de la iglesia y que estaban dando la espalda al pueblo, pues el Papa celebra de aquel lado, dando el frente.

Por todos lados pululaban sacerdotes y monjas con toda clase de hábitos, desde los colorados de los seminaristas alemanes, hasta unos de color "beige" con una estrella de Salomón roja sobre el pecho coronada por la cruz, pasando por sotanas azules y violetas; monjas de tocas caladas, puntiagudas, redondas o comunes; capuchinos de barbas hasta el pecho, seminaristas negros u orientales con fajas rojas en la cintura, padres japoneses, chiquitos vestidos de sotana; frailes con tonsura, con cerquillo, todos pelados, o como unos que ví rapados con una línea sin pelo que les cruza la nuca como una cicatriz hasta sobre las orejas.





¡De todo! ¡De todo!

Lo único que era único, eran dos manchas blancas entre la gente de cualquier color y cualquier facha...

¡Isabel y Sarita!

(No tiene ninguna importancia pero es divertido decirlo).

A todo esto, no se crean que estábamos tan tranquilos. Eramos una pila, teníamos en el estómago la misma sensación rarísima de cuando hay que dar examen; todo lo mirábamos, lo observábamos como con un fondo de espectación continua, con la idea de que estaba por entrar el Papa por la puerta y que iba a pasar ahí, cerca nuestro.

No se puede explicar lo nerviosos que estábamos porque así, fríamente, no se comprende, ni yo misma lo vuelvo a entender muy bien. Sólo les puedo decir que hay una palabra que lo define todo y es: EXPECTATIVA.

Ya eran las 9 y la ceremonia debía de haber empezado a las 8.

En eso desde la puerta se oyó una voz de mando. Todo el mundo se dió vuelta, la guardia se puso firme, y empezó a entrar la procesión caminando lentamente. Los cantos se empezaron a oír desde que estaban fuera. Voces de hombres jóvenes, de seminaristas, que en dos filas entraban cantando las glorias de Dios. De trecho en trecho venían las cruces que habíamos visto en el tesoro: de oro, de plata dorada, con piedras. Crucifijos románicos y bizantinos, o renacentistas. De vez en cuando algún estandarte.

Las dos filas avanzaban hasta casi el altar y dando vuelta para afuera, volvían hacia atrás.

Después, siempre en dos filas, venían unos cuantos representantes de cada orden religiosa, con un estandarte algunos. Venían cantando las letanías de los santos, y así pasaban franciscanos, dominicos, capuchinos, jesuítas, etc., etc.

Lentamente y balanceándose apareció un gran estandarte con la imagen de la nueva santa María Josefa Rossello rodeada de ángeles, y a su paso el público la iba aplaudiendo.

En el crucero de la iglesia, en esas ochavas que quedan detrás del altar del Papa, colgaban dos tapices grandes representando los dos milagros principales propuestos para la canonización.

Acabó la procesión.

De vez en cuando un cuerpo de guardia suiza pasaba con su paso rápido característico, distinto a todos los demás, silencioso y elástico, balanceándose los penachos colorados y brillando las alabardas en alto.

Por el corredor del medio pasaban de repente unos viejitos paquetísimos, cubiertos de condecoraciones; con trajes de terciopelo negro y bandas de colores.

Y nosotros, con Marcelo, mirando fijo a la guardia suiza. ¡Pensar que estábamos viendo hombres vestidos con armaduras caminando por ahí!

De repente, gran excitación entre el público, que empezó a darse vuelta y a subirse a los bancos, y entró otra procesión, pero esta vez de prelados, que avanzaban en formación, tocados con mitras blancas casi todos menos algunos, que sospecho serían del rito griego, que llevaban en la cabeza coronas como de rey, cerradas arriba, y forradas de terciopelo rojo o seda blanca.

De pronto, grito ahogado en la multitud, y contra la luz de la puerta apareció medio tambaleante un palio.

De un golpe todas las luces de San Pedro se encendieron, y sobre la puerta de entrada las trompetas de plata tocaron esa música marcial y solemne, que pone los pelos de punta.

Helados, temblando como hojas, y medio muertos de emoción, distinguimos, todavía a contraluz, un trono y dos abanicos de plumas que venían avanzando, y los fieles que aplaudían, que gritaban, que aclamaban al Papa, y al fondo las trompetas tocando, y las oraciones en coro de los obispos que ya llegaban al altar.

Se acercaba el Papa, ya lo distinguíamos, y no pensábamos en nada sino en él. Vimos su silla rodeada por la guardia noble, con cascos dorados como de dragones, adornados con colas de crines negras, y sobre la silla ÉL, que venía bendiciendo con un gesto lento de su mano maravillosa, sonriendo suavemente, santamente, con una sonrisa de santo en éxtasis, mirando hacia un lado y hacia el otro, mirando a sus hijos que lo aclamaban, con los ojos chiquitos, emocionados y húmedos.

Y venía lentamente. Su cuerpo desaparecía bajo sus vestiduras, tanto que parecía un montón de géneros de oro; sobre la cabeza tenía la mitra. Su cara es blanca, blanca como de nieve, y la mano chica, fina y transparente con el anillo del pescador, bendiciendo con amor a sus hijos.

¡Sus hijos! Cuando le vi comprendí plenamente lo que es: es nuestro Santo Padre, nuestro Padre santísimo, es Cristo en la tierra, con su amor, con su bondad y su santidad. No sé qué decirles, porque lloraría cada vez que lo recuerdo.

¡Viva el Papa! gritaba la gente alrededor nuestro, y las trompetas sonaban; pero ninguno de nosotros podía gritar nada, y ninguno de nosotros existía. Todos tuvimos la misma impresión de desaparecer en la aureola que lo rodeaba, y no vivir por un momento más que para mirarlo.

Solamente cuando se alejó un poquito, reaccioné y empecé a aplicar sus bendiciones a la consabida lista de: "patria, padres, hermanos, abuelos, personas de la casa, tíos, primos, amigas y amigos, Hermandad, etc.".

Fué la emoción más grande de nuestra vida: no la podría definir nunca; era el momento en que el cuerpo le quedaba chico al alma y parecía que iba a estallar, o que el alma se había ido del cuerpo que se iba a aniquilar, y teníamos unas ganas inmensas de llorar y no podíamos, porque hubiera sido perder por un instante la vista de la sonrisa y de las bendiciones de nuestro Santo Padre.

¡Oh el Papa! Cómo no morirse de vergüenza al pensar que uno estaba en ese lugar del mundo, del mundo inmenso creado por Dios, en ese lugar del mundo de que Dios estaba más pendiente en ese momento que de ningún otro. En el sitio que miraba toda la corte celestial estábamos nosotros. ¿Por qué no otros? ¿Por qué no ustedes?

Después de toda una ceremonia litúrgica de la que no entendimos nada, que consistía, entre otras cosas en una especie de diálogo en latín entre el Papa y un cardenal, empezó la misa, que era cantada por los coros de la Capilla Sixtina que son algo de maravilla. La misa del Papa es rarísima porque la dice a medias con un ayudante, hay momentos en que se va a sentar en la sede, etc.

Le tocó ser ayudante al Cardenal Caggiano, pobre, por casualidad, pues siempre debe ser el mayor de los obispos, que se enfermó, tocando al menor de los cardenales, en este caso él, que fué preparado en unos pocos días para esta ceremonia, complicadísima y honrosísima, de decir misa en el altar reservado únicamente al Papa, y a medias con él. Sudaba a chorros, pobre cardenal.

El momento de la elevación fué impresionantísimo, sonando las trompetas de plata, dándose vuelta el Papa a bendecir con las sagradas formas, y la guardia suiza y la palatina se hincaron en el suelo haciendo la venia. Otra cosa que me impresionó mucho fué el rezo del Padrenuestro por el Papa, sobre la tumba de San Pedro, claro que en el altar durante la misa.

Estábamos en la médula de la Iglesia Católica.

¡Si vieran al Santo Padre diciendo misa! ¡Cómo es de transparente, cómo abre los brazos en cruz, cómo levanta los ojos al cielo, cómo mueve las manos!

Acabó la misa, y después de algunas ceremonias se reinició el desfile, pero de vuelta, y de nuevo pasaron los obispos con sus mitras blancas, y los de las coronas, y la guardia noble y los hombres vestidos de colorado llevando la silla gestatoria.

Una voz gritó: "¡VIVA EL PAPA!", y volvieron a empezar los gritos y las aclamaciones, y a agitarse los pañuelos.

¡Y con qué amor lo aclamaban! ¡Cómo lo miraba la gente, cuántos ojos había llenos de lágrimas!

Volvieron a sonar las trompetas con su compás marcial y solemne, y el Papa, esta vez con tiara en la cabeza, volvió a bendecir con su sonrisa de santo. Nosotros nos habíamos corrido hasta la punta del banco, y justo enfrente nuestro se paró la silla gestatoria. Teníamos al Santo Padre a un metro, y, con las caras levantadas a él, volvimos a tener esa impresión de que nada existiera más que su sonrisa y su bendición.

Estuvo bastante rato ahí y luego siguió avanzando hacia la puerta. Al llegar a ella, la silla giró, y él, poniéndose de pie, abrió los brazos y bendijo a todo el pueblo que agradeció con una especie de rugido colectivo.

Y se acabó todo. Corrimos afuera a ver pasar las tropas; por las naves laterales desfilaban las guardias de vuelta al Vaticano, se dispersaban las monjas y padres, y se derramaba la gente de la iglesia por la escalinata.

Tomamos un "vetturino" y llegamos hotel, donde después de almorzar dormimos como si nos hubiéramos muerto porque no podíamos más.

A la tarde recorrimos la Via Appia antigua en el coche que ya llegó, en una de las tardes más lindas del viaje. Se estaba poniendo el sol, y pasábamos por la Via bordeada de pinos de Italia y de tumbas romanas; todo lleno de una vida que pasó hace dos mil años.

Después fuimos a Tre Fontane y cada cual puso una vela, yo una que arde por todos ustedes. Estaba muy impresionante la cueva, llena de luces de velas, y un grupo de gente del pueblo, mujeres, muchachos, soldados, rezando el rosario y las letanías, dirigidos por una voz enérgica de mujer tana. Me partió lo que insistían con Regina Pacis. ¡Pobre gente!

Bueno queridos, va un gran beso de

SARITA

HISTORIA Y CULTURA

En un artículo anterior[1] nos referíamos al tema de la *Cultura*, y tratábamos de definirla, como: *"la "ayuda", que a la actualización de las potencias de la naturaleza humana a través del desarrollo de la Historia, presta —en el medio social-político—, la propia inteligencia del hombre; que a su vez se vale instrumentalmente del tesoro histórico recibido de sus antepasados"*. O también, como: *"la misma Historia, desde el punto de vista de la perfectibilidad acumulativa del actuar humano"*.

De este tópico —rico en zonas aún inexploradas y que es objeto en el presente de las más variadas consideraciones, según lo traten las diversas corrientes por las que deriva el pensamiento contemporáneo—, nos parece interesante puntualizar ciertos aspectos. Se trataría —en primer lugar— de precisar las diferencias que especifican las nociones de "*historicidad*", por un lado, y "*culturalidad*", por otro. (La necesidad de emplear el neologismo "*culturalidad*" abona la actualidad del tema).

Las notas que especifican lo "*histórico*", como acontecer sucesivo y cambiante, como actualización múltiple de potencias humanas, como realización de decisiones libres en el cuotidiano encuentro del hombre con las circunstancias existenciales en que cada época lo coloca, han sido contemporáneamente puestas de relieve en los estudios de las diversas escuelas filosóficas; en general movidas a instancias del historicismo de Dilthey. (De ella nos da una magistral reseña y apreciación crítica un reciente artículo del R. P. Alberto García Vieyra O. P.)[2]. Pero la noción de lo "*cultural*", que agrega a la visión del *puro acontecer sucesivo*, la nota de *prefectibilidad acumulativa a través del tiempo*, es —a nuestro juicio— merecedora de nuevas indagaciones.

Vemos en la Historia, cómo la Edad Media —por ejemplo— aprovecha el esquema trazado por Aristóteles para encauzar la Escolástica, y se basa en el Derecho Romano para construir sobre él la Glosa y los Estatutos; o, como el Renacimiento más tarde, se alecciona en la Arquitectura y la Estatuaria Grecorromanas para realzar la Estética de su tiempo; y, hasta incluso, cómo la Edad Moderna recurre a invenciones oriundas de Extremo Oriente para perfeccionar su técnica. Esta labor de aprovechamiento e integración se distingue racionalmente del puro acontecer histórico, aunque en el hecho el acontecer y la perfección se den íntimamente unidos.

La Cultura se va realizando en la Historia, los valores creados por los hombres de una edad, se objetivan en las obras de arte y de ingenio y en los signos expresivos escritos, y fecundan el existir de los hijos de otra época, heredera de aquélla. Eso sí, —lejos de pretender afirmar la realización de un *espíritu objetivo* de inspiración hegeliana—, veamos cómo siempre es el hombre singular y concreto quien asume los valores por función mayéutica; el individuo se convierte en residencia substancial de esos valores, que adhieren a él como cualidades.

Queda pues perfilada la distinción entre "historicidad" y "culturalidad". La primera requiere un enfoque de la existencia sucesiva de las generaciones, desde el punto de vista del puro acontecer, en el cual juega primordialmente la *libertad humana* en su encuentro con las diversas circunstancias existenciales que cada época depara; mientras que en el enfoque que requiere la segunda, lo que interesa ver en el existir histórico es la obra de la *inteligencia humana*, capaz de asumir los valores del pasado y hacerlos revivir —a veces más lozanos— al fecundar su propia actuación mediante su ejercicio.

Esta distinción acarrea un nuevo problema, y es precisamente el de la crítica y el discernimiento de los valores que en las sucesivas etapas se producen y se trasmiten. Pues ¿acaso el vivir humano es invariablemente perfectivo en todos los planos de su actuación?, ¿acaso el progreso es continuo en el transcurso del tiempo, o por el contrario, notamos épocas de regresión y olvido de las tradiciones?

He aquí el verdadero problema, el valorativo. ¿Cuáles son las realizaciones especulativas, éticas y poyéticas, genuinamente significativas del espíritu humano? ¿Cuáles son aquéllos valores del pasado que la inteligencia política debe propiciar en el presente y cuáles deshechar?

Se hace pues menester un nuevo sistema, un nuevo método de crítica histórica, que capacite al pensamiento contemporáneo para juzgar rectamente a las épocas pretéritas y para discriminar en el sucesivo trasplante y en la acumulación paula-





tina de las realizaciones culturales, cuál es el auténtico "hilo conductor", cuál la auténtica tradición.

Para esta tarea resultan insuficientes los enfoques habituales del acontecer histórico. La antigua crónica, la búsqueda de causaciones de un hecho en sus anteriores; sistemas tradicionales aptos para el estudio de la "historicidad", sólo servirán de base —como preparación de material— a una auténtica crítica. (No escapa al criterio común, que la mayoría de los historiadores —sobre todo en estos últimos tiempos— lejos de limitarse a la mera narración, la salpican con apreciaciones, juicios de valor, enfoques personales, etc.; pero lo que aquí se trata, es instaurar una crítica con bases más sistemáticas, con método más riguroso). En cuanto a otras soluciones modernas; ya se trate de la búsqueda del desarrollo de un logos trascendental de tipo hegeliano, o de una dialéctica materialista a lo Marx; fácil es ver que fracasan por su injustificado panteísmo evolucionista, que troca en absoluto y necesario a lo individual y contingente. En el margen opuesto se alínea el historicismo moderno, desde Dilthey hasta Spengler, que no sólo yerra al compartimentar el existir histórico y distribuir sus etapas en compartimentos estancos, sino que además existencializa la verdad, y se inhibe así de antemano toda posibilidad de crítica, al considerar que cada época tiene sus criterios de valor propios, cada edad su metafísica... y de esta manera cualquier tipo de civilización se autojustifica en sus aciertos y desaciertos. (Puede verse también una ilustrativa reseña de estas corrientes en la tesis de L. Macnab) [3].

Un método que pretenda verificar crítica histórica, no podrá juzgar rectamente el acontecer humano si no se basa en principios de criterio metahistóricos, en nociones permanentes e inmutables, extraídas de la misma esencia del hombre y del orden de la naturaleza. Por ello creemos, que la filosofía plenamente capacitada para suministrar estos criterios de valoración es la aristotélico-tomista.

Iluminando el desfile de la edades con la luz de estos criterios, se examinarán las posiciones filosófico-especulativas y los dogmas religiosos de cada época, a fin de determinar en qué medida se acercan o apartan de la verdad natural; luego las instituciones éticas: políticas y jurídicas, para ver con qué acierto conducen el obrar de la respectiva época hacia el bien común y hacia el cumplimiento de los postulados del derecho natural; y por fin, se examinarán las realizaciones poyéticas: estéticas y técnicas, para determinar la medida en que desempeñan, su función "cathárica" las primeras, y su papel instrumental y servil las segundas.

Así analizada cada época, se podrán determinar selectivamente los valores originales que cada cada una ha ido produciendo, la influencia que han tenido en la complejidad de la trama de valores coetáneos (los especulativos con respecto a los éticos, estos hacia los estéticos, y viceversa), y por fin, la repercusión inmediata o remota que han promovido en los valores de otras épocas posteriores.

De esta manera será posible reconocer al cabo de la tarea, cuál es la genuina tradición civilizadora, cuál el verdadero sentido del progreso de la humanidad; y puestas ahora sobre el tapete las realizaciones de la época que nos toca vivir, propiciar las líneas de conducta recomendables para los años venideros.

He aquí, a nuestro juicio, la manera cabal de hacer cumplir a la historia su papel de "magistra vitae".

OSVALDO BERDINA

1 Véase: PRESENCIA Nº 9, Bs. Aires 1949.

2 Alberto García Vieyra O. P.: *"El problema de la historicidad y la distinción real entre esencia y existencia"*, Revista "Sapientia" Nº 11, La Plata - Bs. Aires 1949.

3 Ludovico Macnab: *"El concepto escolástico de la historia"*, Ed. de la Fac. de Filosofía y Letras, Bs. Aires 1940.





justicia prudencia

FIJANDO

Más abajo publicamos una nota que, de manera sucinta pero fiel, registra los sucesos acaecidos recientemente en el país hermano de allende la cordillera. Sírvanos esto de ocasión para decir una palabra que creemos absolutamente necesaria.

Cierto es que nuestro país, no obstante sus notorias deficiencias, goza hoy de una paz envidiable. Pero sería criminal ilusión imaginar que esta bonanza ha de perpetuarse indefinidamente. No es menester convertirse en agorero de infortunios para percibir que el mundo —y nuestro país es una de sus partes— se mueve sobre un tembladeral. Pero en fin, dejemos al mundo y convirtamos nuestros ojos hacia los países ibero-americanos.

¿Qué pasa en Ibero-américa? Ayer fué el caótico levantamiento de Bogotá, coincidiendo con la reunión panamericana. No hace mucho se producían revoluciones, o amagos revolucionarios, en Paraguay, Perú y Venezuela. Hace unos días, los luctuosos sucesos de Chile. Hoy, la guerra fratricida en Bolivia. ¿Y quién no recuerda los oscuros acontecimientos de Costa Rica, de no hace aún un par de años y los más oscuros y trágicos de la nación mejicana, de hace apenas un cuarto de siglo?

Nuestros pueblos ibero-americanos sufren un desasosiego profundo, presagio cierto de días de desolación y de llanto. Las causas son varias y complejas. Pero como primera y fundamental hemos de señalar el terrible vacío producido en sus entrañas por el laicismo, el monstruoso laicismo. Laicismo de la familia, laicismo de la cultura, laicismo de las leyes y paganización de la vida. Porque mientras se vaciaba de las realidades celestes a las inteligencias y los corazones del pueblo humilde, se las llenaba de toda las frivolidades, cuando no perversidades, con una literatura y arte mercenarias y viles. Nuestros pueblos se han descristianizado y desvirilizado.

Y mientras se producía esta alteración de nuestra substancia espiritual, se consumaba asimismo el latrocinio de nuestras riquezas materiales. Al ser arrancados de la tutela civilizadora de España, fuimos entregados al tráfico de las mercancías internacionales. Inglaterra, utilizando el esfuerzo de nuestros propios brazos, había de arrancar de nuestro suelo las riquezas que, transportadas en los convoyes de sus ferrocarriles y en las bodegas de sus barcos, había de enriquecer a los magnates de la "city".

Y hoy, cuando a consecuencia de disputas por hegemonías de mercados, ha caído o se halla postrado nuestro antiguo amo, el otro nuevo amo quiere mantener y aun hacer más duro nuestro sometimiento. El capitalismo americano, he ahí, en esta hora del mundo, el enemigo más inmediato sino más peligroso, de nuestro bienestar económico y político. Enemigo dos veces dañoso. Como capitalismo, porque redistribuye de manera despareja e injusta las riquezas, concentrándolas en manos de unos pocos a expensas de los muchos a quienes deja en permanente miseria. Como extranjero, porque extrae las riquezas que habían de sustentar a nuestros pueblos y las utiliza para sobrealimentar y confortar a sus privilegiados ciudadanos. Y luego, para colmo, en el orgullo de su propia suficiencia, nos mira como a inferiores e incapaces, y merecedores de tan abyecta condición.

Víctimas entonces de la voracidad del capitalismo americano en un momento en que la lucha se plantea sobre el plano internacional entre este mismo Capitalismo y el Comunismo ateo de la Unión Soviética, los pueblos ibero-americanos titubean y, de alguna manera, sienten inclinación a colocarse



POSICIONES

más resueltamente contra Rusia que contra Estados Unidos. Por aquí se explica que tan fuertemente haya prendido el comunismo en Chile, Perú, Bolivia, Brasil y en casi todos los otros países de este hemisferio. Por aquí se explica que grupos minoritarios como la Falange Chilena prefieran colocarse más bien del lado comunista que del capitalista. Por aquí se explica también que movimientos nacionales de Bolivia, Perú y aún de la Argentina, tomen contacto o prefieran tomarlo con grupos comunistas antes que con el capitalismo americano.

Frente a esta situación —mostrada al vivo en los recientes sucesos de Chile y también, aunque de otra manera, en los de Bolivia— afirmamos que hoy, en la lucha entablada en el mundo, primero y ante todo hay que colocarse resueltamente contra el comunismo ateo. Porque, aunque motivos puramente políticos o económicos pudieran prescribirlo, en algún caso dado, como un peligro menor, los derechos de Dios y de la Iglesia y, en consecuencia, el bien de las almas, que son radicalmente por él pisoteados, exigen que se lo repudie y combata como al más terrible y peligroso mal.

Por otra parte, la ley de la primacía del bien común nos ordena que planteemos este asunto, no desde un punto de vista de nuestro interés particular, nacional o iberoamericano, sino desde el más alto en que realmente se plantea, o sea desde el punto de vista de la Iglesia y de la cristiana civilización.

Pero aunque nuestra militancia más resuelta deba ser dirigida contra el comunismo, hemos de luchar hoy con todos los medios a nuestro alcance para que desaparezca el capitalismo y sea substituído por el ordenamiento social y económico que propicia la Iglesia.

PRESENCIA

fortaleza templanza

LOS SUCESOS DE CHILE

Los recientes disturbios ocurridos en Santiago de Chile, que dejaron un balance de tres muertos y unos doscientos heridos, obedecieron, no obstante ciertas interpretaciones simplistas, a un conjunto de circunstancias bastante complejas y aun no esclarecidas suficientemente.

La tormenta se desencadenó con el anuncio de que el Gobierno había autorizado el alza de las tarifas de la movilización colectiva. La Federación Universitaria acordó abandonar las aulas en señal de protesta y se realizaron desfiles estudiantiles en las calles céntricas de la capital. Numerosos autobuses fueron atacados y volcados, con manifiesta complacencia del público. Ese día la acción de la policía fué casi de mera espectación. Se esperaba que los sucesos no pasaran de allí. Pero, al día siguiente, al aumentar los desmanes y producirse algunas huelgas y manifestaciones de solidaridad de los gremios obreros y de empleados, la policía y elementos del ejército, en defensa del orden público y la normalidad institucional, debieron hacer uso de sus armas de fuego. En los días siguientes, después de haber abortado algunos movimientos huelguísticos que habrían paralizado los centros vitales de la economía chilena, la situación se normalizó totalmente.

Tales fueron escuetamente los hechos. La causa profunda del movimiento fué, sin duda, el descontento ocasionado por la desacertada política financiera y económica del Gobierno, en muchos aspectos magnífico, del Presidente González Videla. En Chile, como en otros países del mundo, se ha desarrollado un peligroso proceso inflacionista, que ha provocado constantes alzas de precios y salarios. El aumento, mínimo, de las tarifas de la movilización colectiva, no fué sino un detalle en medio de una ola de alzas de todo género. La falta de medidas eficaces para detener la inflación, disminuir los gastos públicos y poner límite a las utilidades de productores e intermediarios, han producido un hondo malestar colectivo, que el Partido Comunista, desde la sombra de la ilegalidad, ha sabido capitalizar para sí.

El movimiento de protesta que comentamos, fué en un principio unánimemente aprobado por los estudiantes de los diversos sectores ideológicos y gozosamente recibido por la población. Nadie —salvo los agentes soviéticos— podía prever lo que iba a suceder después. La idealista actitud de los universitarios fué en seguida aprovechada con fines revolucionarios por el Partido Comunista, secundado por sectores políticos afines, convirtiendo la justa protesta en un grave movimiento sedicioso. Obreros extremistas salieron a las calles armados de piedras y objetos contundentes. Huelgas de clara inspiración soviética se fraguaron y alcanzaron a estallar en diversos e importantes sectores de la producción nacional.

La decidida actitud del Gobierno, con el apoyo de la gran mayoría del Parlamento, pudo poner a raya el movimiento, sin mayor derramamiento de sangre que el señalado ni mayores perjuicios para la propiedad privada.

Los católicos que forman parte del Gabinete del Presidente González Videla, —algunos liberales y otros pertenecientes al sector "tradicionalista" del Partido Conservador—, aprendieron con los luctuosos acontecimientos, que es necesario proceder con mayor "sensibilidad social", considerando con mayor interés la situación de los asalariados que las crecientes exigencias de los círculos capitalistas.

El otro sector en que están divididos los católicos chilenos, —falangistas y conservadores "social-cristianos"—, que militan en la oposición, tuvo actitudes vacilantes ante la grave alteración del orden instigada por el comunismo. Su posición fué muy propia de grupos de inspiración maritainiana. En el Congreso, los falangistas votaron en contra y los social-cristianos se abstuvieron, en la votación que concedió al Gobierno Facultades Extraordinarias para dominar la situación.

Fué, tal vez, esta actitud contemporizadora de los católicos maritainianos, la que impulsó al Cardenal Arzobispo de Santiago, Monseñor José María Caro, a formular una declaración pública sobre el deber de los católicos ante las perturbaciones del orden social.

"La experiencia de lo acontecido en otros países —dijo el "Cardenal— y las fidedignas informaciones de lo que se prepara en nuestro país, nos mueven a declarar que nos encontramos ante un grave peligro, por lo cual todos los católicos, "posponiendo cualesquier asunto de otra índole, deben considerar ahora como deber supremo la defensa de nuestras instituciones fundamentales y del orden constituído".

"Sin desconocer la angustia económica —expresó en otro "pasaje de la declaración— que tantos sacrificios impone a "todos los ciudadanos y particularmente a los más menesterosos, por cuya suerte Nos hemos preocupado constantemente, "es necesario que veamos con claridad un mal mucho mayor "que se cierne sobre todo el país, sobre el bienestar de sus "ciudadanos, sobre la mantención de sus libertades, sobre la "existencia misma del Estado y sobre la misión sagrada de "la Iglesia, cual es el asalto de las fuerzas comunistas".

PRESENCIA



LOS OTROS GAUCHOS

El tema gauchesco, singularmente el de Hernández y Martín Fierro, está en pleno resurgimiento. Prueba de ello, los importantes libros de Pedro de Paoli y Ezequiel Martínez Estrada, tradicionalista el uno y antitradicional el otro. (También Carlos Astrada se ha echado su cuarto a espaldas, pero habrá que esperar, para juzgarle, que su trabajo sea traducido al castellano). Teniendo en cuenta tales antecedentes, juzgamos oportuno publicar esta colaboración, que, desde más allá de la disputa, aporta un nuevo punto de vista. (N. de la R.).

No nos metemos con los gauchos originarios; aquellos "vagos y mal entretenidos" a los que el Virrey Arredondo tenía prohibido arrimarse a las estancias. Ni tampoco con el gaucho de la semántica moderna, aceptado sinónimo del pastor a caballo. Queremos encararnos exclusivamente con un personaje "sui generis" que la leyenda popular considera prototipo de argentinismo; gaucho literario que fué inventado —nos parece— por Sarmiento y Hernández.

Porque estos grandes escritores fueron los primeros en dar color y vida a las estampas, fotográficamente grises, de Hidalgo y Ascasubi. Lo hicieron, en realidad, con segunda intención que no la meramente artística, pues buscaban un efecto político a través de sus descripciones del hombre de campo.

Sarmiento, desde Chile, explicaba el fracaso de su partido adjudicando a los enemigos el monopolio de la barbarie. Y Hernández replicaba años más tarde que el gaucho no era bárbaro, ni reaccionario, ni xenófobo, sino un hombre humilde perseguido e incomprendido por los poderosos, que naturalmente eran los poderosos del partido contrario.

Los dos, gracias a un innegable talento que enardecía la polémica, consiguieron su objeto. En adelante hubo para unos un gaucho demasiado malo y para otros un gaucho demasiado bueno. En los salones o en los clubs la misma "gente decente" escindida en opiniones admiraba los ribetes sociológicos del románticamente exagerado "Facundo" o apreciaba (estancieros al fin) el habla y costumbres campesinas fielmente reproducidas en "Martín Fierro". Mas aunque la supiese de memoria nadie consideraba la obra de Hernández sino como un equivalente, con color local, de las novelas de aventuras de Julio Verne o de Mayne Reid. A ninguno se el ocurrió tomar en serio, como si fuese biblia pampeana, el argumento del "Martín Fierro".

Porque si reducimos el famoso poema al boceto biográfico del paisano protagonista no encontramos otra cosa que la trasposición, al sur del Salado, de un cuento de bandidos de Sierra Morena. Trama de romance de ciego que podría ser cantado, con idéntica guitarra, bajo los portales de cualquier plaza española. El hombre pobre al que el injusto maltrato por las autoridades lleva al delito es un tema tan antiguo como la demagogia, y probablemente tan falso como ella.

Suprimido el color local (sobre todo admirable por el léxico) la figura del héroe tiende a universalizarse y por lo tanto a perder carácter específicamente argentino. Se dirá que eso es la marca del genio literario y no lo contradecimos. Pero es también cierto que su valor representativo del paisano porteño (o si se quiere argentino) merma en razón directa de la aplicabilidad del argumento a otros ambientes, porque son las diferencias, y no las semejanzas, las que nos permitirán definir al prototipo nacional.

La endeblez raigal que padece Martín Fierro se advierte por las múltiples contradicciones del personaje. Porque no se trata de reflejar la contradictoria naturaleza humana sino de pintar con realismo un ambiente social determinado, en este caso el del campo porteño durante el segundo tercio del siglo pasado. Pero Martín Fierro carece de la necesaria verosimilitud: es a la vez hombre afincado ("tuve en mi pago en un tiempo, hijos, hacienda y mujer") y cantor de pulpería ("cantando estaba una vez en una gran diversión"); borracho y pendenciero (pelea con el moreno, etc.) y moralista que da consejos, aunque no ejemplos, a sus hijos; quisquilloso en honra y marido engañado ("dejé... mi mujer en brazos de otro"); asesino y cuatrero con arrestos de nobleza y generosidad; lleno de recursos y de vivezas pero incapaz de impedir que lo "echen a la Frontera", tan luego en esta Argentina, país de amigos si los hay; donde a ser tan honrado, tranquilo, trabajador y propietario como sostiene lo era al principio de su vida, no le habría faltado un vecino influyente, un cura párroco o un caudillo político para devolverlo al seno de su casa y familia.

En definitiva Martín Fierro nos abre un interrogante: si fué meramente tonto o delincuente nato. De lo que no hay duda es que fué un vencido. Y es probable que pese a su sentimentalismo demagógico no saliera jamás del costumbrismo pintoresco, sin aspirar a la encarnación de un arquetipo, si no aparece por ahí otro gaucho literario, creación de Eduardo Gutiérrez, al que el circo montevideano-genovés de los Podestá anima con la magia de la escena. Porque el verdadero Martín Fierro se llama Juan Moreyra.

Es la misma línea del hombre humilde víctima de personas que le son superiores cuando menos en un sentido biológico; retrato de un campesino rústico que por sus defectos fracasa en adaptarse a las nuevas circunstancias del medio. Exhibido en todos los suburbios a diez centavos la entrada en pie, el bicéfalo Juan Martín Moreyra Fierro alcanza enseguida una inesperada difusión. Con una vincha celeste, tan arbitraria como su chiripá floreado; sus barbas y su vozarrón de rabino en el Muro de los Lamentos, la quejumbre de su derrota dominará todas las demás expresiones, incluso las genuinas, del alma nacional.

El inmigrante recién llegado se topa, cualquier noche de circo, con este supuesto gaucho. Por lo mismo que recién venido es ajeno al país, a sus costumbres y a su lenguaje, y se interesa, lógicamente, por penetrarse de este nuevo "habitat" que le depara el destino. La ciudad enorme cubre y oculta la campaña; sus vecinos, con frecuencia también recién venidos, no pueden informarle del pasado ni de otro presente que la labor remunerativa. Y he aquí que en ese espectáculo de la esquina suburbana, el pueblo argentino se empeña en mostrarse a sí mismo bajo la forma de un hombre de campo derrotado por Sardetti. Nada mejor para levantar la moral del extranjero que este anfitrión que se humilla y que se apresura a reconocer en el pobre huésped "depaysé" una especie de fuerza de la naturaleza.

Ya queda entronizado, y a cubierto por muchos años de derrocamientos, ese gaucho espúreo, hijo del "mènage a trois" formado por políticos en tren de propaganda; "ècuyères" metidas a actrices y extranjeros dispuestos con sorna a aplaudir al derrotado campesino representativo, nada menos, que de los hijos del país.

No es cuestión de ponerse patético alarmándose por supuestos complejos populares de inferioridad; ni de creer en una irremediable vocación plebeya y aún izquierdista (¿qué populacho no es demagógico?) del pueblo argentino. Pero no parece lo más adecuado a una nación con esperanzas y recursos el tener, como imagen suya, al desgraciado, sino bandido, Juan Martín Moreyra Fierro. Porque, al fin de cuentas, los mitos suelen a menudo inspirar la conducta colectiva.

Podrá argüirse (y también admitimos la observación como exacta) que lo que se retiene y destaca en el monstruo bicéfalo es la hidalguía que demuestra en muchos episodios; prueba de instintiva fidelidad popular a los genearcas castellanos. Estamos de acuerdo (el significado de la nueva voz "gauchada" lo certifica) pero objetamos que hay muchas suertes de hidalguía.

Hay el hidalgo despierto y eficaz, del tipo, por ejemplo, de Hernán Cortés; y el hidalgo soñador e impráctico, como Don



UN INFORME

Luego de dos años de serios estudios etnográficos realizados mediante una beca del Instituto Rockefeller, acaba de abandonar nuestro país la Dra. Olivia Lilian Waterflower, Jefe de Investigaciones en la sección Etnografía y Religiones Primitivas del "Instituto de Relaciones Humanas" de la Universidad de Yale.

Sucesora de Ernst Cassirer en su cátedra de Simbolismo y Mitología Primitivos, la Dra. Waterflower inició sus primeros estudios sobre Magia Primitiva con Bronislav Malinowsky y Mellville Herskovitz en Inglaterra y con Marcel Mauss y H. Levy Brühl en Francia. Ha publicado importantes contribuciones a su especialidad, en las revistas científicas "The American Anthropologist", "Journal of American Folklore", "Journal of American ethnology and archaeology" y el Boletín del Instituto Smithsoniano.

De formación psicoanalista, esta eminente científica ha hecho estudios junto con Ruth Benedict y Abram Kardiner sobre los indios Hopis y Zuñis, habiendo tomado a su cargo todo lo referente a mitos defensivos de la angustia, sociedades secretas de autodefensa y magia de evasión de sentimientos torturantes, en dichas comunidades.

A pesar de que su estada en el país pasó completamente desapercibida por nuestras instituciones de enseñanza, merced a la rigurosa incógnita que aquélla guardó para facilitar sus investigaciones, por una feliz circunstancia pude enterarme de su estadía y barruntar el extraordinario interés de los trabajos que estuvo realizando.

Entrevistada, me confirmó que estuvo continuando entre nosotros los estudios especilizados que realizara con los indios Hopis y Zuñis.

Su primer informe elevado a la Unversidad de Yale, con el resultado de sus investigaciones, se titula Estudio descrip-

Quijote. Podrá constituir éste un consuelo para justificar errores pasados y presentes malandanzas, pero renunciar a la imitación del otro, con todo lo que significa de éxito glorioso y de labor bien hecha, parécenos funesta confesión de incapacidad y anticipada excusa de fracasos. Pues ya que, gracias a Dios, tenemos la suerte de poder invocar, como a legítimos abuelos, a los extraordinarios Conquistadores, sería mejor para el pueblo argentino recordar a Hernandarias, valga por caso, que a Santos Vega.

Pero si se arguyera que aquello queda demasiado remoto y que es muy incómodo ponerse en Carnaval una armadura (tan luego en Febrero) recurramos a todos los demás olvidados hombres de campo argentinos contemporáneos del gaucho literario, y que tienen sobre éste la ventaja de haber sido auténticos productos de nuestro ambiente social. Por lo demás, el mismo chiripá y el mismo pingo servirán para representar a estancieros, chacareros y quinteros; carreteros y maestros de posta; carpinteros, ladrilleros, poceros y talabarteros; pulperos y mercachifles; reseros, domadores, puesteros y cuanto oficio y ocupación existieron en los campos argentinos.

He ahí tema para los innumerables pero poco imaginativos folkloristas: recordar la honradez del carretero, que conducía sin falta onzas de oro a lejanas provincias; el señorío del estanciero, a cuyo desvelo y propia emulación debemos el fundamento de nuestra riqueza pública; la laboriosidad del quintero o del chacarero criollos, que exportaban trigo desde algunos siglos antes de la fundación de las colonias suizas o italianas; la buena crianza (que pondera Caldcleugh) de los posaderos en pleno desierto; todas esas gentes, jinetes y campesinos de la pampa (y por lo tanto "gauchos" según la acepción actual) que carecían de complejos de resentimiento, ni de complicaciones con la autoridad ni con el pulpero (que también era criollo y "gaucho"); todos esos componentes de un engranaje de vida civilizada y atractiva; tanto que atrajo a innumerables inmigrantes para compartir sus privilegios.

Y quedan también los otros gauchos; los que a fuerza de inteligencia, de energía, de virtudes, dejaron de serlo para destacarse en las ciudades. ¿Se medita alguna vez en los hombres de origen campesino que desmintieron a Sarmiento y a los pesimistas creyentes en el gaucho irredimible? Pues los hubo a millares, y entre ellos presidentes de la república, ministros, prelados y sacerdotes; generales, abogados, médicos, ingenieros; comerciantes y millonarios que en el propio terreno materialista en que se sitúa y loa al laborioso inmigrante, asentaron fortunas demostrativas del esfuerzo y de la destreza del gaucho para manejarse en el mundo moderno.

Porque superar a los mejores es también tradición argentina; y de la buena.

HÉCTOR DE HERCE

ETNOGRAFICO

TIVO DE LA COBARDÍA ARGENTINA Y DE SUS INSTITUCIONES SECRETAS DE DEFENSA.

Dado su evidente interés, transcribiré algunos párrafos de la primera parte del referido informe titulada "Clanes totémicos de auto protección defensiva contra el miedo" dejando para otra oportunidad, por falta de espacio, la sección dedicada a "Mitos defensivos del miedo y magia de evación".

"Los argentinos —dice el informe— están todavía dominados, vale decir dirigidos y coartados por el miedo, en todas las actuaciones de sus vidas. Siglos enteros de civilización cristiana no han podido quitarle todavía aquel miedo original, terror cósmico del hombre primitivo que supo descubrir Keyserling, perpetuado en el hombre sudamericano.

"Por psicológica compensación, viven alardeando de guapos y oficiando un culto social al coraje, como señalara hace ya bastante tiempo Juan Agustín García, uno de los escasos argentinos observadores de lo social.

"A través del compadrito y del matón pueblerinos, remedos burlescos de la sobria valentía del gaucho; la línea de la cobardía (Cowardistic trend) pasa contemporáneamente al guarango, personalidad en perpetua defensiva que señalara Ortega y Gasset, maestra en el alarde ocultador de su insuficiencia.

"Hasta aquí llegaron estos estudios en el análisis de la cobardía argentina, y no podían ir más allá porque ellos permanecían en el estudio de los tipos sociales o en el de las estructuras institucionales. Yo he ido mucho más lejos. Por medio del estudio de los mitos y de las emociones primarias, he llegado a descubrir las capas profundas del alma argentina y la red de instituciones de defensa que han ido creando los argentinos para defenderse del miedo pavoroso que los domina.

"Por razones de claridad analítica, tan necesaria en este asunto difuso, vamos a clasificar los distintos miedos que obran la cobardía argentina y según ellos, los distintos clanes de defensa, dándoles el nombre de su animal totémico.

"El primero de los clanes se forma entre los participantes del miedo cerval a las ideas propias.

"Tener ideas propias caracteriza una personalidad, le da relieve y aristas y la obliga en cierta manera a defenderlas ante los demás. Todo esto trae peligro.

"Peligro de pensarlas y peligro de equivocarse. Peligro de chocar contra los demás que no piensan lo mismo, peligro de aparecer con aristas y relieves netos, en un país donde todo el mundo se acomoda sin roces como las pulidas bolitas en la caja de los niños; peligro de tener que renovar estas ideas. Todo este peligro es demasiado para que lo soporte el cobarde argentino.

"Aparecen entonces los hombres-camaleones, uno de los clanes que integran la cultura argentina.

"Son miembros de este clan y como tales se ayudan y complementan mutuamente varias categorías de personas.

"El joven ya siendo estudiante (rito de iniciación) debe permanecer constantemente preocupado por enterarse de la opinión de cada uno de sus examinadores para repertirla fielmente cuando llegue el momento del examen. Siendo profesor nunca dará una opinión personal y sólo citas, eligiendo siempre los autores de moda, porque la moda es una mutua defensa de los que quieren destacarse y no se animan a cortarse solos. El funcionario miembro del clan nunca informa nada, y obligado a dar su opinión la envuelve entre los velos del dubitativo y condicional "parecería", "de ser así, esto aconsejaría" y en la tercera persona impersonalizada "esta dirección opinaría" o la deja en el aire sometida siempre a lo que disponga la Superioridad, que nunca dispone nada porque está esperando lo que disponga la Superioridad que le sigue en escala jerárquica. El político cambia sus ideas según un ciclo astral, caracterizado por los nativos como el del "sol-que-más-calienta", al parecer algún remanente de los mitos solares babilónicos. Y finalmente el fanático, que por miedo a pensar por sí solo se aferra a cualquier sistema rígido que le resuelva todos sus problemas y le dicte todas las soluciones. Como hacen los que han adquirido una verdad sin sacrificio y sin dificultades problemáticas, esgrime su sistema como un garrote contra todo audaz que se atreve a levantar cabeza o se pavonea exhibiendo sus escasas ideas como un nuevo rico. Este personaje es la proyección más acabada del compadrito en el campo intelectual y como tal, también cobarde.

"El segundo miedo argentino es el miedo a las posiciones o actitudes.

"Este miedo crea el clan de los hombres-perdices, que como su animal totémico, desaparecen al primer estampido o a la primera voz fuerte, realizando algo que los naturales denominan misteriosamente "hacerse perdiz", aparentemente una especie de magia simpática que consiste a lo que pude entender en identificarse con el animal totémico y con la tierra, en un rito zoo-telúrico novedoso, con el cual imaginan quedar a cubierto todos los peligros.



"Este sentimiento comunitario de miedo que identifica a todos los miembros del clan, coloca a éstos en una relación de protección y por lo tanto de dependencia con respecto al clan de los hombres-rugidores (animal totémico, zorro) que ocupan casi todas las posiciones influyentes de la política argentina, gracias a sus afinidades clánicas secretas.

"Así en todo momento en el que se presenta uno de estos hombres-rugidores o que envía una persona de su vinculación, aquellos dejan de desempeñar las funciones que les corresponden, abandonan sus puestos y se esconden. Si desempeña un cargo de profesor, el miembro del clan no aplazará nunca al pariente de un personaje influyente, si es juez nunca lo condenará, si es comisario nunca lo castigará, si es funcionario encargado de realizar nombramientos nunca nombrará sino a los que aquellos indiquen. Muchas veces las situaciones se realizan presuponiendo el rugido posterior, como el de un militar miembro del clan, que descubiertos los peores robos en su destacamento los disimulaba con tal de que su parte o informe figurara sin novedad, con lo cual se evitaba el rugido posterior.

"Finalmente, al clan de los hombres-avestruces pertenecen la mayoría de los intelectuales, artistas y políticos argentinos; casi parecería, aunque los datos que he podido obtener no son lo suficientemente explícitos, que es necesario ser miembro del clan para ocupar posiciones dirigentes en la Argentina.

"Se autodenominan así, porque a imitación de su animal totémico, los miembros del clan se niegan rotundamente a afrontar la realidad cuando ésta no es lo suficientemente rosada y suave. El símbolo de reconocimiento, consiste en proteger la nuca con el brazo izquierdo y mirarse cuidadosamente la axila del mismo lado. Su principal tabú es la realidad, y todo lo que tenga que ver con ella participa de su maleficio.

"Influídos por esta obstinada determinación de no ver na-

“da más que su axila izquierda, los miembros de esta clan “realizan toda su actividad, en el difícil ascetismo de esta po- “sición y hay que reconocer que realizan virtuosismos difíciles “de obtener en otros países menos habituados a tal ejercicio. “Así por jemplo para no citar más que los casos típicos, los “legisladores miembros del clan sancionan leyes sin fijarse an- “tes sobre qué se van a aplicar, los funcionarios arreglan todos “los asuntos firmando resoluciones y providencias en sus des- “pachos y sus informantes se enteran de los problemas cuando “les son presentados en forma de palabras impresas que ge- “neralmente adoptan la forma de solicitudes o de periódico. “Para colmo de virtuosismo, se da el caso de economistas y “sociólogos, que escriben sobre la realidad económica y social, “según lo que leyeron en libros y ni siquiera se preocupan por “saber si la realidad de su país coincide con lo que ellos dicen, “ya que no tratan de estudiarla antes de opinar.

“Conocí casos de miembros prominentes del clan a quie- “nes por viva fuerza se trataba de colocar frente a un proble- “ma real y que inflexiblemente volvían la cabeza a su axila, “mirándola fija e implorantemente como si buscaran allí la “fuente de toda solución.

“En estos últimos tiempos la fuerza del clan es tan grande “que han obtenido de las autoridades la declaración de tabú “para todas las estadísticas, censos y estudios de realidades, con “lo cual se obliga a todos los habitantes a adoptar quieran que “no, la posición totémica de reconocimientos y andar todos con “la cabeza debajo de la axila”.

Hasta aquí llegaban el informe de la antropóloga y por más que le pregunté no me quiso mostrar nada más.

Solamente al despedirse me hizo una última advertencia, que rezaba más o menos así:

“Sería estúpido mostrar este informe a gente que no ten- “ga sólidos conocimientos de culturología y de antropología.

“Usted conoce que la antropología cultural es una ciencia “de totalidades y no de sectores parciales de la sociedad. Pero “el público inculto que no generaliza va a ver en todo esto “alusión a algún partido político, a algún sector social o al- “guna época histórica determinada de la Argentina. No se “darán cuenta como usted, de que las circunstancias que he “señalado se dan en toda la cultura argentina y por lo tanto “aparecen en todo partido, en todo sector y en toda época de “su historia.

“Tenga cuidado, porque los hombres-avestruces son muy “poderosos, muy hábiles y están metidos en todos lados. Usted “va a descubrirlos porque enseguida echarán todo esto sobre los “demás, ya que como dicen ustedes no quieren ponerse el sayo “que les corresponde a cada uno y denuncian enseguida la paja “en el ojo del vecino para distraer la atención, que esto lo “aprendieron del clan de los fariseos que estuvo hace tiempo “conectado con ellos y que.......”.

Todavía desde la esquina, la inglesa loca me seguía gritando cosas y haciéndome signos que no sabía yo si eran cabalísticos o totémicos o el diablo en coche, porque a mí ya me daba vueltas la cabeza de oír tantos disparates juntos.

Alfredo R. Miguens

GOETHE

El diario “La Nación”, que es un diario universal, ha hecho un esfuerzo para desempeñar a la nación de su obligación internacional de conmemorar a Goethe, Juan Wolfango. El esfuerzo consiste en tres artículos que nadie ha leído, pero que cumplen con su objetivo delante del mundo en general y de la Academia de Petrópolis. Nuestro honor queda salvado, y Goethe, Juan Lupercio, puede estar contento.

Goethe es un gran alemán. Fué un buen poeta lírico y un admirable hablista, además de gran vividor, quiero decir, bebedor. Para los alemanes, por tanto, Goethe es una cosa seria, o por lo menos, necesaria. A nosotros Goethe nos ha llegado a través de una versión libre de Ascasubi (o Estanislao del Campo, es igual), que es bueno y saludable que los argentinos lean en su juventud, si no tienen otra cosa que hacer. Entre paréntesis, en ninguna parte del mundo ha ejercido Goethe una influencia tan notable como en la Argentina, aunque no sea sino a través de Gounod.

Estanislao del Campo (o Ascasubi) ha hecho hablar a Goethe “en cristiano”, como dicen los paisanos. El “Fausto”, gran poema lírico-dramático que escribió Goethe en alemán, no es cristiano ni deja de serlo. Goethe mismo no sabía bien lo que era, hasta que vinieron los críticos franceses y dijeron que era la epopeya del hombre moderno y le encontraron varios sentidos recónditos.

En alemán, que es como lo hemos leído nosotros, el Fausto tiene versos muy buenos, baladas, diálogos y soliloquios preciosos, aunque carezca de acción dramática y su sentido sea tan recóndito que no vale la pena de buscarlo. Teodoro Llorente, poeta valenciano, hizo una excelente traducción en verso, de lectura agradable, a la cual conviene que sigan ateniéndose los que escriben artículos conmemoratorios, y los argentinos en general.

Lo demás de la obra goetheana no nos toca. Sus poesías líricas son intraducibles, y por lo general bastante brumosas y vagas para nosotros. Sus novelas *“Werther”*, *“Las afinidades electivas”* resultan hoy día ilegibles y Werther es mejor verlo en ópera, como Ascasubi (o Estanislao del Campo) ya lo leyó demasiado Massenet o su libretista. Esas cartas románticas del enamorado de Carlota (que leímos a escondidas cuando muchachos, porque nos dijeron que el que las leía se suicidaba) no nos convencieron ni convencen a nadie, a no ser de la verdad obvia de que Carlota hizo bien en casarse con el otro y de que Werther se hubiera suicidado de cualquier modo, *y mucho antes si se hubiese unido a su adorable tormento.*

Y ese es el punto de clave de esa famosa novela. Werther se suicida porque Goethe lo quiere; Goethe es un guasón. En una obra nuestra inédita, que escribimos cuando estudiábamos alemán, lo hemos demostrado cumplidamente.

La cosa es así: Goethe se propone establecer en su libro el determinismo fatal del suicidio del incoloro protagonista; que puesto el carácter de héroe, A; el carácter de la heroína, B; la circunstancia C; y otro factor que llamaremos X y puede ser la filosofía alemana contemporánea, el suicidio se sigue con una necesidad fatal, implacable y justicialista. Pues bien, no es verdad; aun dados todos esos datos, quedan todavía otras cuatro soluciones posibles, una de ellas más probable.

Y como lo más probable en arte es lo *verdadero*, el *verdadero* Werther (ahora que se habla del *verdadero* Perón) se le escapó de las garras a Goethe y está en nuestra novela. Las cosas pasaron muy de otro modo. Werther tenía un amigo argentino, hijo de alemanes, en la Embajada de Berlín, al cual dirigió una carta que naturalmente escapó a Goethe, pues no estaba en la carpeta abandonada en Mannheim. El muchacho argentino, buen amigo, corrió al lado del romántico, no bien sintió que éste se encontraba en un berengenal, más imaginario que otra cosa, pero al fin, berengenal. En una de esas acogedoras y ruidosas tabernas de Mannheim, ante dos enormes bocales de cerveza, los dos jóvenes discutieron el caso. El germanoargentino expuso a su amigo las cuatro salidas de su “impasse”, dos inmorales y dos morales, ofreciéndole su ayuda para la que quisiera elegir. El empecatado hijo de Goethe se cerró en banda: ya tenía las pistolas de Adolfo, o Andrés o como se llamara “el otro”; y sobre todo tenía la sugestión potente de su padre, que lo había condenado a muerte, su gestión literaria si se quiere pero que ha llevado a la tumba prematuramente a no pocos gaznápiros. ¿Qué hacer en un caso así?

El agregado cultural secuestró tranquilamente a su amigo y los fletó a la Argentina al cuidado de un capitán de la flota mercante, amigo suyo. En el secuestro ocurrió algo desagradable, se disparó una de las pistolas, mató al gato del tabernero, y se quedaron las ropas y los libros de Werther en su cuarto, todos salpicados de sangre. Eso hizo creer a Carlota, que era otra romántica, que Werther se había suicidado por ella; y lo que es peor, a su marido, que era un hombre charlatán y publicitario. De ahí vino todo el barullo en Alemania: Goethe fué el primero en creerlo.

Werther descansó un tiempo en una estancia del Sur, se aficionó al campo, y acabó por ser nombrado administrador. Como escribo con gripe, lejos de mis libros y papeles, no puedo precisar en este momento cantidad de pormenores, nombres, fechas, lugares y circunstancias menudas; que suplirá la buena memoria de mis posibles lectores; y sobre todo no puedo transcribir la hermosa Carta a Carlota que cierra toda la historia, escrita en el tono cortado y tajante de Goethe en sus últimas páginas, que son las mejores de todas justamente por eso. Por ser las últimas. Pero...

Pero en resumen Werther comunica a su antiguo tormento (en ese tiempo desgraciadamente separada de su esposo por incompatibilidad de caracteres) que se ha casado con una criolla de Trenque-Lauquen, tiene dos hijas, es feliz posesor de una estanzuela y de una tropa de barcinos de un solo pelo, y está entusiasmadísimo con la cría de caballo fino. Además ha inventado un sistema nuevo de filosofía alemana.

La respuesta no se hizo esperar: Carlota le contesta pidiéndole con insistencia en nombre de su antiguo amor una “carta de llamada”, para venir a la Argentina; carta que desgraciadamente para ella Werther no pudo conseguir, por estar en ese tiempo fichado como “nazi”; por lo cual Carlota tuvo que venir acudiendo al recurso de hacerse pasar por judía.

Esta es la historia verdadera de Werther, o a lo menos la que a nosotros nos interesa. En cuanto a Goethe, los que saben alemán o lo estudian, no hay inconveniente alguno que se ocupen de él, al contrario. Para el resto de los argentinos es y seguirá siendo una cosa extraña, aunque lo pasen por la “radio”; y no hay nada que hacerle, y está bien así.

Narciso Núñez Cortés